

EVA BALTASAR: *PERMAFROST*

Barcelona: Literatura Random House, 2018, 144 pp.

ALBA DE JUAN Y LÓPEZ
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Como quien limpia la nieve del capó del coche después de una noche de ventisca, *Permafrost*, novela de Eva Baltasar, nos muestra el crudo interior de una protagonista víctima de las circunstancias, aunque capaz de amoldarlas para asegurar su supervivencia. Con un narrador anónimo en primera persona, la historia que narran los diferentes pasajes en *Permafrost* aseguran una empatía forzada, sentándonos ante un espejo para que nos encontremos con nuestro reflejo entre sus páginas.

Pudiéndose considerar de alguna manera un bildungsroman, *Permafrost* nos cuenta la historia de su protagonista con saltos temporales que incluyen tanto su niñez como todo el proceso de llegar a la edad adulta. La narración en primera persona nos ofrece un relato sin filtros, realista y en algunas ocasiones hasta descarnado. *Permafrost* muestra así las heridas abiertas de una protagonista con tendencias suicidas que se aferra a la vida al mismo tiempo que se plantea desaparecer de ella constantemente. Con una madre posesiva y controladora, una figura paterna prácticamente ausente en el relato y una hermana cuya existencia está frágilmente sostenida por la medicación y la idea de la 'vida perfecta', la voz narrativa de la novela deviene ejemplo de sinceridad total. Así, la mente de la protagonista se abre sin edulcorantes ante



los ojos de un lector que se mantiene en una tensión constante pensando si en algún momento se rendirá y se quitará la vida.

De la novela, lo primero que llama la atención sin duda es el lenguaje. Con una enorme carga simbólica, imágenes complejas y adjetivos más propios de la poesía (posiblemente nacidos del pasado poético de la autora) cada capítulo parece un poema deconstruido y vuelto a construir en forma de novela, la primera de la autora. Nada más comienza la narración, la protagonista nos ofrece ya un panorama claro de su realidad. Inicialmente camuflado en una descripción que podría parecer inofensiva, la protagonista se halla en el borde de un edificio describiendo el extenso silencio que la rodea. Pero esa paz dura poco porque, abruptamente, el lector se enfrenta de golpe a uno de los pensamientos más recurrentes de la protagonista: “Ahora mismo soy y no soy. Quizá solo me muestre, me manifieste como una mácula discretamente molesta en una gafa, una sombra inadecuada en esta zona chill out”. El lado más simbólico del relato salta lingüísticamente de manera brusca a la realidad emocional de la narradora. Esta tendencia a lo simbólico, a las imágenes complejas y a un lenguaje lleno de repeticiones y símiles cargados de una estética arrebatadora, se repite a lo largo de la novela. Sin embargo, al poderse interpretar como una posible “simplificación” emocional de la protagonista, este lenguaje no parece ser consistente en el resto de la novela. Con esto Eva Baltasar tal vez intentaba quitarle ese velo de simbolismo y protección a la voz protagonista. Esa utilización de imágenes simbólicas podría considerarse, por tanto, un intento de la narradora de dotar de belleza a algo tan duro y tan oscuro como su soledad y sus tendencias suicidas. Valga destacar el ritmo ágil de la novela, a pesar de tener que lidiar con temas tan complejos. A favor de la autora también es importante señalar la naturalidad con que habla de temas estigmatizados socialmente. Por ello, con toques de humor camuflados en afirmaciones duras, Eva Baltasar crea un lenguaje universal para un sentimiento que es tristemente igual de universal para muchas personas.

Mano a mano con un lenguaje que se convierte en el reflejo más puro de la realidad emocional de la protagonista, *Permafrost* lidia con dos bloques temáticos universales y al mismo tiempo muy propios de la voz protagonista: relaciones personales y salud mental. La protagonista parece no encontrar un



hogar, un lugar al que llamar su casa. Cada destino desde la casa de sus padres, su estancia en Cardrona, su convivencia con la pianista y la habitación en la casa de su hermana se convierten en puntos temporales pero no cardinales. “Estoy en casa. En realidad «casa» es la habitación de invitados del piso de alquiler de mi hermana. La habitación es como una celda”: estas palabras de la protagonista nos muestran uno de los muchos ejemplos de la visión asfixiante que tiene de la permanencia. Esta temporalidad inunda cada faceta de su vida y quizá por eso incluso la posibilidad tan permanente de existir se le hace insoportable. Además, ni siquiera la narración tiene una estructura fija. La voz narrativa salta entre pasado y presente, desdibujando esas finas líneas y remarcando cómo los mismos problemas le siguen persiguiendo desde los doce hasta los cuarenta años. Dichos extractos se intercalan con los intentos de suicidio de la protagonista, los episodios de puro éxtasis y los momentáneos episodios de amor en la manera más profunda y pura que le es posible experimentar, en este caso el afecto que siente por su sobrina y una de sus amantes, Roxanne.

Y es que el viaje continuo, junto con las infinitas paradas mientras deambula por su propia vida sin un destino marcado, también se reflejan en sus relaciones. Cubierta por una capa de hielo como la del permafrost, la protagonista no deja entrar a nadie a su zona segura. Mientras ella afirma que las relaciones esporádicas son lo único que la mantienen viva y “presente”, nunca deja que lleguen a un punto en el que la felicidad de la otra persona dependa mínimamente de ella. La protagonista tiene un miedo atroz a atarse, su incapacidad de incluso atarse a la vida misma aparece reflejado claramente en la manera en la que enfrenta esas relaciones, del tipo que sean.

El estado emocional de la protagonista, como el hielo que la cubre, es fuerte y frágil a partes iguales. En pasajes como el de la bañera, en el cual se plantea y se prepara para suicidarse, esa valentía propia de la fragilidad de una persona ahogada en su soledad y la incomprensión del mundo hacen malabares entre ellas de una manera un tanto estrambótica. Este capítulo del libro es un péndulo entre el humor, la herida abierta que no se cura, la frivolidad y el realismo que caracterizan la experiencia de la protagonista con respecto a su salud mental. Mientras que la escena en la que la voz narrativa



cuenta cómo se pasa horas limpiando la bañera en la que se va suicidar, o en la que externaliza su preocupación de que se le relaje el esfínter cuando finalmente muera, pueden pecar de parecer un grito veleidoso de alguien en una situación desesperada, aunque no son más que una normalización extrema de la realidad de un porcentaje muy alto de la población.

Obviamente, este trato de la salud mental puede resultar una bocanada de aire para todos los que han pensado alguna vez que estaban solos con el peso de estos pensamientos, mas quizá hay aspectos en los que tanta normalización puede restarle gravedad al asunto. Este capítulo me hace pensar instantáneamente en la famosa escena de similares características de la serie *13 Reasons Why*, cuya protagonista, una adolescente que sufre acoso, se suicida de la misma manera que la protagonista de *Permafrost* pretende llevarlo a cabo. Cuando este episodio se estrenó, y pese a las advertencias de muchas asociaciones de prevención del suicidio, más que alentar un proceso de concienciación sobre la salud mental resultó un detonante para aquellos que ya sufrían de trastornos depresivos o tendencias suicidas. Bajo la perspectiva de que cada lector es consciente de a qué se enfrenta cuando lee un texto y tiene responsabilidad sobre su selección lectora, escenas como esta en *Permafrost* dejan un extraño sabor agridulce. ¿Quita hierro al asunto el hecho de que la protagonista se preocupe de cómo la van encontrar, estéticamente hablando? ¿Son sus pensamientos los que tendría una persona que ha decidido suicidarse? La respuesta a estas preguntas es amplia y subjetiva.

Sin embargo, podemos estar de acuerdo en que *Permafrost* abre sin miedo las puertas a la sinceridad. La naturalidad con la que la protagonista explora su lesbianismo y lo acepta desde una edad temprana es un ejemplo idílico y cargado de esperanza para cuantas personas se encuentran en la misma tesitura que la protagonista en su juventud.

En este sentido, el lesbianismo de la autora no se idealiza, se humaniza y eso es, sin duda, uno de los mejores aspectos de la novela. Así se recalca la realidad de las relaciones entre dos mujeres. Eva Baltasar no cae en los tópicos basados en crear relaciones con expectativas inalcanzables ni con finales fatídicos. No castiga indirectamente a su protagonista por su orientación (como hacen aún hoy en día muchos medios, tanto de televisión como



cinematográficos y literarios). Sus relaciones no se basan en un romance nacido de una llama momentánea, sino que se nutren, crecen y la realidad les afecta, creando una perspectiva que no muchas piezas de ficción pueden enorgullecerse de poseer. Limitar el drama innecesario de las relaciones y abrazar su simplicidad hace que focalizar las relaciones entre dos mujeres sea fuerte, real y se aleje de la ficción copiosa y opulenta que se le otorga muchas veces. La realidad en su estado más puro es la base en la que Baltasar sustenta las relaciones románticas de la protagonista.

Permafrost es un diario de cualquiera y también el tuyo propio. Es el reflejo de una generación que camina todavía por nuestras calles construyendo su futuro, sintiendo esa soledad de una sociedad cambiante que les empuja a un camino indeseado. No hace falta sentir o sufrir las situaciones de la protagonista para verse reflejado en su historia. Desde la ansiedad causada por la incertidumbre laboral, el miedo a comprometerse y el hastío ante una sociedad que se vale de medicación y un positivismo exacerbante para sobrevivir, la mayoría de los lectores de *Permafrost* han compartido aspectos del camino abordado por la narradora. Eva Baltasar consigue transmitir algo tan propio de la poesía en una herramienta narrativa: tomar una experiencia individual, generalizarla y convertirla en la experiencia propia de cada lector. Gracias a la enorme carga metafórica y estética, Baltasar le da una belleza inconcebible a la soledad. El camino de aceptación de esos sentimientos de la protagonista se llena de la belleza que ella desea fervientemente extraer del mundo que la rodea. Los pequeños placeres, la búsqueda de lo estético y esa evasión que anhela la acompañan en el viaje de aceptar su realidad emocional y mental.

En suma, la novela destaca porque otorga una voz dinámica y sencilla a algunos de los temas más complejos que caracterizan al ser humano. Pese a que el retrato de la salud mental o el suicidio tiende a generar opiniones contrariadas, en *Permafrost* se narran sin embellecerlos ni mermar su crueldad. Eva Baltasar da así un paso adelante respecto a las relaciones homosexuales y la realidad de la depresión y el suicidio. Por último, valga resaltar que, pese a cierta inconsistencia estructural y lingüística del texto, la accesibilidad para el lector es la clave de su éxito: ser capaz de transmitir interés a un público



general y mantenerlo al tratar un tema tan delicado es, sin duda, una conquista de la autora.